

2

Llegué a las oficinas del ministerio público en la Zona Industrial tras repetir la rutina matutina: la migraña, recoger a mi hija y la presión del tráfico. Yo pertenecía a la Unidad de Investigación de Homicidios Dolosos, la cual se encontraba, al igual que otras, saturada de trabajo. Simplemente llegar a mi cubículo era abrumador: columnas de carpetas de anillos y folders se levantaban hasta casi medio metro en el escritorio, cajas de archivo ocupaban todo el suelo. Sentarme en la silla era un logro. Sin embargo, esa mañana había un detalle distinto: en el teclado de mi computadora estaba un mensaje, el comandante Rubio quería verme apenas llegara. No me sorprendió tanto su interés en el caso, sino que estuviera antes del mediodía en la Fiscalía, incluso había llegado antes que yo. Realmente estaban presionándolo.

Toqué la puerta de su oficina y me abrió el Lamebotas con una sonrisa que me recordó a una zarigüeya, una recién despanzurrada en la carretera. El lugar era enorme comparado con los cubículos amontonados

en nuestra área de trabajo. Un par de litografías de Salvador Dalí adornaban las paredes, acompañadas de numerosas fotos enmarcadas de mi jefe con distintos políticos y burócratas. Él, con su masa acomodada con desparpajo sobre la silla giratoria, detrás del amplio escritorio que permanecía perfectamente ordenado, con solo una bandeja de pendientes y una *laptop* plateada de última generación, esperaba a que yo tomara asiento.

—¿Qué encontré, Castillo? —preguntó desde el fondo de una garganta rodeada de tanta papada que no permitía la ilusión de movilidad.

—No mucho, creo que fue homicidio, pero tampoco se puede descartar la línea del suicidio.

—¿Qué lo hace pensar en un homicidio? —Reviró con su rostro brillante de sudor.

—Los indicios muestran que lo interrumpieron mientras trabajaba en su computadora, además no encontramos medicamentos que insinúen algún padecimiento mental, tampoco nota alguna de despedida.

—Tengo entendido que la empresa de seguridad declaró que nadie entró ni salió del edificio sin identificarse, aseguraron que no recibió visitas.

—Es un edificio muy grande, el asesino bien pudo entrar acompañando a un condómino, o incluso ser alguno de ellos.

—¿Está acusando a los habitantes de uno de los edificios más exclusivos de la ciudad de ser asesinos? —gritó el comandante dando un fuerte manotazo en la mesa.

—No podemos descartar la posibilidad, además es desconcertante que no encontráramos rastros ni de

su celular ni de la lata de pintura con que se escribieron los tres nueves en la sala.

—¡Y dale con ese pinche número! —gritó de nuevo dando ahora un golpe con el puño en la mesa—. Pudo haberlo pintado en pleno estado de locura, incluso puede ser que ya estuvieran pintados allí desde antes. La gente de dinero tiene gustos peculiares para adornar.

—Los forenses me aseguraron que la pintura tenía menos de doce horas, bastó rasparla un poco.

—Pudo haberlos arrojado desde el balcón antes de lanzarse él —interrumpió el Lamebotas—, desde el décimo quinto piso seguro se hicieron cachitos.

—Los forenses inspeccionaron el área cuidadosamente —respondí con una mirada equivalente a una mentada, no necesitaba de sus «inteligentes» deducciones.

—El problema —comentó Rubio resoplando como toro de lidia—, es que usted ya le dijo al senador Bianchi que en cinco días resolvería el caso.

—Él me asignó ese plazo, yo le respondí que teníamos demasiado trabajo.

—Pues parecía muy convencido de que usted cumpliría. Pero no se preocupe, si no lo logra sencillamente le asigno el caso a otro investigador —Después amplió sus labios en una sonrisa—, y así tendré un motivo para chingármelo.

—¿Puede alguno de mis compañeros apoyarme a levantar declaraciones en el edificio? —insistí antes de que terminara por correrme de su oficina. Él me miró alzando las cejas, pensé que volvería a gritar, pero le dio la orden al Lamebotas de asignar esa tarea a alguno de mis compañeros.

Mientras caminaba de regreso a mi escritorio repasaba sus últimas palabras. «Chingarme» ya no era solamente despedirme que, considerando la situación con Esther y que estaba por tener un hijo, era una terrible amenaza, pero además implicaba que me podría bloquear para casi cualquier otro trabajo, o incluso, inculparme de algo. No sería la primera vez, había sido testigo de compañeros que terminaron en la cárcel solo por enfrentarlo. Tenía años en su mira, a veces pensaba que era una especie de *hobby*: hacerme la vida nefasta.

Al regresar a mi cubículo encontré una hoja del calendario del mes pegada con cinta adhesiva a mi monitor. El viernes en que se cumpliría el plazo del senador Bianchi tenía una equis marcada en rojo. Los chismes del «radiopasillo» se propagaban con velocidad. La carrilla y bromas pesadas eran comunes en las fuerzas policíacas y nuestra área no era la excepción.

Seguí la investigación sobre el escritor muerto en los sistemas policíacos. Prácticamente no encontré nada, nunca había sido arrestado. Seguí con los buscadores de internet y en redes sociales: sus primeros premios literarios los obtuvo a los 16 años, su primera novela la publicó a los 19, reseñas de sus libros que declaraban que Raúl Volta era «un terremoto en la literatura mexicana, una hecatombe que cimbraría a las letras hasta volverlas polvo de imprenta». Leyendo distintas páginas que compartieron la noticia de su deceso, entendí parte de la presión para resolver el caso. El libro que estaba por estrenar era una especie de novela, al mismo tiempo que reportaje, sobre un caso de secuestro de hacía unos años. Dejaba mal tanto a políticos como al sistema judicial. Para ese

momento ya algunos aseguraban que lo habían matado como venganza.

Lo siguiente era entrevistar a familiares, amigos y compañeros de trabajo para saber si el probable suicida tenía problemas amorosos, económicos o médicos. O en caso de asesinato, para saber si tenía enemigos. Según su agente literario, el escritor estaba en la ciudad de visita, dando un curso llamado «Cómo escribir novela de no ficción», que iba a concluir en pocos días. Después se quedaría un par de semanas más, hasta el final de la Feria Internacional del Libro. Venía adjunta una numerosa lista de actividades. Cuando le cuestioné por qué se quedó en un departamento en vez de un hotel, me respondió que el mismo Volta se lo había solicitado, no era la primera vez y al parecer tenía predilección por esta opción ya que sentía más tranquilidad. No me convenció del todo.

Mientras más información obtenía, menos claro era el panorama. La víctima era un escritor prolífico, cosmopolita e inteligente, se movía en los círculos correctos y parecía lo suficientemente ambicioso como para entablar amistad con quien debía. Tan solo entre familia, colegas y conocidos, me configuraban una lista enorme. Después de pasar toda la mañana frente al monitor no tenía ninguna respuesta, pero había empeorado mi migraña.

Dado que la mayoría de sus allegados estaban en Ciudad de México, pensé en revisar sus redes sociales. Esa parte de la investigación la conducían los del Departamento de Policía Cibernética, pero era una solicitud que, debido a la carga de trabajo y la misma burocracia, tomaba por lo menos una semana. Podía intentar presionar a Rubio para que me apoyara con

la orden, pero no tenía idea de si serviría de algo. Por si acaso seguí los procedimientos. El listado de llamadas realizadas y recibidas en su número de celular era un trámite que tomaba entre dos y tres días hábiles, también tendría que esperar. No me quedó más remedio que seguir un camino tradicional: investigar a sus conocidos para ver si alguien tenía un indicio que me permitiera avanzar con la línea del asesinato.

Armé una lista de personas «prioritarias» para investigar. Pasé el resto de ese día obteniendo declaraciones telefónicas, las cuales alejaban aún más la hipótesis de un suicidio. Sus familiares y amigos coincidían en que se encontraba en un buen momento anímico: no solo tenía regalías por sus libros y traducciones, una novela en proceso por la cual ya le habían dado un adelanto y cursos por los cuales cobraba altísimas cuotas, también tenía una beca nacional que le aseguraba una cantidad mensual considerable. Era soltero y nadie le conocía, o quiso darme, el nombre de alguna pareja formal. Pensé en que esa era razón suficiente para descartar esa línea de investigación, solo los casados tendríamos razones para tirarnos de un décimo quinto piso.

Tratar de hablar con sus colegas y compañeros de profesión resultó más caótico: algunos estaban de viaje o argumentaban estar muy ocupados, unos aún estaban en duelo por la noticia, muy tristes o desconcertados, otros habían pasado del velorio un día antes a un bar y su excusa era la cruda. La mayoría desconfiaban de la policía. Cuando les preguntaba si le conocían enemigos, ninguno tuvo reparo en acusar a otro colega. Había muchos que parecían odiarlo, pero ¿sería suficiente para matarlo?

Investigué en las bases de datos de la Fiscalía sobre el departamento, era obvio que Volta solo era una visita. Resultó pertenecer a un joven hijo de una familia de industriales que ni siquiera estaba en el país. Él lo rentaba para que su padre no dijera que era un inútil sin ingresos propios. Cuando le pregunté si conocía al escritor su respuesta fue que no, sencillamente él lo había rentado mediante una aplicación de celular. Le indiqué que por ley no podía usarlo hasta que se terminara la investigación, ni siquiera pareció molesto.

Esa tarde, antes de volver a trabajar sobre algunos de los casos que tenía abiertos, pues no podía dejarlos de lado, leí el expediente de la profesora Margarita Vedeu. Su caso había sido atraído por la Unidad Especializada de Búsqueda de Personas Desaparecidas. Esto me restringía la información pues era un departamento distinto al mío. Revisé todo lo que habían hecho, o por lo menos capturado en el sistema: entrevistas a personas cercanas, establecimiento de líneas de investigación, indicios encontrados. La comunidad universitaria se había inconformado con marchas y desplegados. La presión solo hizo efecto para dar una resolución que se estaba volviendo la principal respuesta de ese departamento: había sido secuestrada por personas pertenecientes al crimen organizado. Se inculpó a un par de alumnos, que eran minoristas de sustancias prohibidas en el plantel donde ella daba clase y se le dio carpetazo. La única relación entre ellos era que se hacían llamar «escritores», contactos en común en las redes sociales y un libro donde habían aparecido cuentos de ambos. No parecía haber más conexión, y aunque existiese, dos

víctimas no eran suficientes para creer en un asesino serial. Ni siquiera para llamarlo así.

Transcurrió el resto del día entre llamadas, informes forenses oficiales y reportes de indicios. Los casos de personas asesinadas se me acumulaban sobre el escritorio, al igual que a mis compañeros. Llegaba el momento donde era imposible discernir si uno estaba trabajando el caso de un cuerpo encontrado en el fondo de la barranca o el de alguien atacado a balazos en un restaurante de mariscos. Mi migraña volvía cada tarde al intentar dar claridad a, por lo menos, uno de esos rompecabezas.

Ya cerca de la hora de salida, momento en que debía ir a recoger a mi hija, recordé el número pintado en rojo en aquel departamento. Lo busqué en internet, pero tal como imaginaba, resultó una cifra muy vaga. Me encontré que era el nombre de un grupo de punk británico, de un videojuego de última generación, de un asteroide famoso y el de una sociedad de personas de alto coeficiente intelectual. Si era un mensaje de Volta, ¿qué había querido decir? Si era algo escrito por su asesino, ¿qué tipo de amenaza implicaba? Casualmente, una de las ligas me mostraba una canción del grupo llamada «Homicide». Existían días en que estaba convencido que la principal herramienta para resolver un caso en este país era el azar.